- Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo

- Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

ALCANCE Y VALIDEZ DE LA METODOLOGIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES APLICADA A LA PSICOLOGIA (*)

AQUILINO M. POLAINO LORENTE
Profesor Adjunto de Psicología Médica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Córdoba

INTRODUCCION

Una rama del árbol gigantesco de la Psicología actual, comienza a desgajarse animada por la savia nueva de la Sociología, reclamando para sí el campo autónomo donde ejercer su cometido específico. El origen de su entroncamiento, sin embargo, aparece demasiado diluido y confuso, por lo que consideramos oportuno someterlo aquí a estudio. Más aún, cuando tantos psicólogos sociales han logrado dar título inequívoco al presente Congreso, al integrarse con médicos y psiquiatras y constituir el vasto campo de las "ciencias afines" a la Psicología y a la Psiquiatría. Consideramos, por ello, que está indicada la presente comunicación que no pretende otra finalidad que la de esclarecer el alcance y validez de la metodología de las ciencias sociales aplicada a la Psicología.

El autor está decididamente a favor de la labor, tan importante como necesaria, que el psicólogo social viene desempeñando en colaboración estrecha con los equipos psiquiátricos, labor a la que está sumamente agradecido por hacer posible gran parte de sus servicios. Pero a la vez está firmemente persuadido de la necesidad de estudiar el origen de esta nueva disciplina en favor de extender, todavía más, las garantías de su alcance y eficacia.

1. La ambigüedad de las llamadas ciencias psicosociales.

El término *ciencias sociales* no supone en la actualidad un contenido perfectamente definido. La extensión del concepto es tan amplio, que lo

(*) Comunicación al VIII Congreso Internacional de Neuropsiquiatría Infantil y Ciencias Afines. Filadelfia (U. S. A.), julio-agosto 1974.

mismo puede ser aplicado a la Sociología (en sus muy variadas ramas), que a la Etnología, a la Psicología social o a una particular clase de Antropología, llamada cultural. Otros autores extienden su perímetro al incluir también en su contenido la historia, la economía política y la geografía humana.

En cierto modo la ambigüedad que hoy se nos ofrece tiene su origen en la reciente independencia de esta disciplina, constituida en especialidad científica a partir de la obra de Augusto Comte (1), apenas iniciado el siglo XIX. Antes de él y dejadas aparte las consideraciones acientíficas sobre la vida social —que siempre existieron— podría hablarse de una protohistoria de las ciencias sociales si tenemos en cuenta las obras de Montesquieu o de Condorcet, a finales del siglo XVIII.

Dos son los radicales fundamentales sobre los que se puede fundamentar el inicio balbuceante de esta disciplina en su camino de separación de la Filosofía.

Por una parte, su divorcio extremado con el carácter normativo de las primitivas ciencias sociales. Al estar englobadas éstas en el seno de la Filosofía, su orientación intentaba marchar más bien por los caminos de la Filosofía política y de la ética social, es decir, ante todo pretendían una definición del deber ser social. Las nuevas ciencias sociales, sin desconocer estas orientaciones, se inclinarán hacia un intento de objetivación positiva y empírica, describiendo los fenómenos sociales y tratando de explicarlos sin juzgarlos. Ahora bien, ¿se pueden explicar estos fenómenos sin juzgarlos? Porque, en sentido estricto, si nos atenemos a lo que en lógica se entiende por juicio, al explicar los fenómenos sociales, inevitablemente los juzgamos, aunque sea bajo esa forma subrepticia de la interpretación, que constituye un esbozo de juicio no demasiado transparente.

Sólo en sentido lato, entendiendo por juicio su connotación última a la exclusiva y radical verdad o falsedad, acaso pueda sostenerse que la Sociología, de hecho, no juzga cuando opera como ciencia que es de la realidad social. Con ello queda un dilema apuntado de difícil solución.

La otra cuestión subyacente en su metodología desde que reclamó para sí autonomía científica, sí que la distingue de la perspectiva filosófica de donde surgió. Nos referimos, claro está, al uso que hizo de los métodos positivos en el estudio de la naturaleza.

En este sentido se nos dirá que las ciencias sociales estudian sólo los fenómenos sociales, prescindiendo de consideraciones filosóficas que puedan dar razón de la naturaleza última de esos fenómenos sociales. Sucede aquí igual que en otras disciplinas, que a lo largo del camino de su descolonización filosófica, se llega a un punto en que los propios investigadores ignoran por completo las razones filosóficas fundantes del método que usan. Hasta el extremo de que cuando aquella disciplina se hace ya madura —ésta pudiera ser una señal cierta de haber logrado su propia autonomía—, en el seno de sus cuestiones centrales surge otra vez la necesidad de volver a enlazar con los principios filosóficos de los que se independizaron, y que se habían olvidado con el cansancio del camino.

De aquí que la objetividad basada en la aplicación de métodos positivos y el carácter de no normatividad signifiquen que la nueva disciplina su ámbito más específico, aunque continúa siendo problemático, que las realizaciones de estas ciencias hayan alcanzado esos objetivos. Han sido y son frecuentes las mezclas metodológicas, la introducción subrepticia de una normatividad, los intentos de exclusividad en el análisis de lo social, etcétera, hasta el extremo de hacer dudar a más de un especialista, del pretendido alcance de la Psicología social.

En el presente trabajo intentaremos, hasta donde nos sea posible, hacer más transparentes algunas de esas anomalías metodológicas que acaban por hacer irreconocible el rostro científico y apenas estrenado de la nueva disciplina.

2. La metodología positiva de la Psicología social.

2.1. EL MÉTODO CIENTÍFICO-POSITIVO.—Una vía posible para aclarar la especificidad del método de estas ciencias es el análisis de las fases que lo determinan:

2.1.1. *Reconocimiento de una necesidad de información.*—Esta necesidad puede consistir, por ejemplo, en la dificultad para adaptar los medios a un fin; en identificar el carácter de un objeto; en explicar un suceso inesperado.

2.1.2. *Selección o formulación del problema.*—Plantear o individualizar cuestiones que se relacionan o pueden estarlo con la resolución de la necesidad.

2.1.3. *Formulación de hipótesis o esquemas de posibles soluciones que expliquen el problema.*

2.1.4. *Recogida, organización y tratamiento de los datos, elaborando significativamente la información recibida y relacionándola con las hipótesis formuladas.*

2.1.5. *Verificación de las hipótesis y obtención de las conclusiones.*

2.1.6. *Análisis de las conclusiones a la luz de otras disciplinas, estudiando sus límites e implicaciones.*—Estas fases no presentan de hecho una secuencia rígida. El valor de la enumeración anterior no estriba en la determinación de un orden de operaciones, sino en la exposición de la clase de funciones que generalmente es preciso realizar en un estudio científico-positivo.

Las fases de observación y formulación de hipótesis se relacionan con la inducción. La verificación de las hipótesis con la deducción. Existe, en efecto, estrecha relación entre las fases del método científico-positivo y esas

dos formas de proceder el pensamiento humano —inducción y deducción— que desde la lógica general están presentes en el campo de la investigación científica. No cabe, sin embargo, hablar de la contraposición, sino que han de ser considerados como dos momentos distintos de un mismo proceso de pensamiento.

Mientras que la inducción ofrece ciertas bases para las hipótesis, la deducción indaga sobre las consecuencias lógicas de las hipótesis, con el fin de eliminar lo que está en contraste con los hechos.

La inducción contribuye, además, a la verificación de las restantes hipótesis. En el trabajo científico se da un continuo movimiento entre la comprobación de hechos, la formulación de generalizaciones (hipótesis) para explicarlos, la deducción de las consecuencias de estas hipótesis y la búsqueda de nuevos hechos para revalidar las hipótesis.

2.2. EL POSITIVISMO EN LA PSICOSOCIOLOGÍA.—Las anteriores observaciones sobre el análisis plural de lo real no son generalmente admitidas por algunas escuelas. Las ciencias sociales han recibido una fuerte impronta del clima cultural en el que nació la Sociología como ciencia positiva hacia la mitad del siglo XIX, y en algunas áreas culturales se entendía entonces por ciencia el estudio exclusivo de la naturaleza. Así, los primeros intentos de elaborar una doctrina científica de la sociedad responden a un planteamiento reactivo e imitativo a la vez. Los hechos sociales serán aprehendidos gracias a la observación externa, por lo que la investigación psicosocial se deberá dirigir a la comprobación de hechos concretos y observables y —lo que es mucho más importante— el dato científicamente relevante procederá de una observación empírica verificable. El comportamiento humano y social es observable en sus manifestaciones externas. Estas serán, por tanto, la fuente de los datos. Se da un trasvase de los mismos criterios metodológicos que presidían la investigación en las ciencias naturales y, según aquellos moldes, lo más importante será cuantificar y medir los hechos sociales, posteriormente poder tratar esos datos numéricos.

Pero al verificar esta matematización de los datos —para poder así operar positivamente con ellos— caemos en dos artificios de superación hoy todavía difícil:

a) La construcción de un modelo paradigmático y apriorístico en el que deben encajar los datos anteriormente aislados. Al ajustar la realidad social al modelo, observamos que no todo encaja, por lo que seremos forzados a prescindir de algunos rasgos a la vez que presionamos sobre otros para que se adapten al modelo.

b) La atomización de la realidad en rasgos aislados para el análisis cuyo conjunto no puede restituir la realidad de la figura global, además de ignorar la intencionalidad transignificativa del conjunto unitario.

Sin embargo, y gracias a este positivismo, la estadística y, en general, las técnicas matemáticas, cobran una importancia de primer rango. Se pretende partir del hecho observable —mejor aún, medible— para fundamen-

tar cualquier generalización. Las hipótesis son formuladas entonces en virtud de esos datos.

Cabría pensar que este planteamiento se debió a que la sociología estaba en sus comienzos y se encontraba ante un fenómeno de sobrevaloración de las ciencias naturales y matemáticas. Pero, sea lo que sea, el método positivista ha tenido rápida aceptación y ha dominado varias escuelas del pensamiento sociológico y gran parte del modo de hacer científico de las ciencias sociales.

Se explica así la pretendida identificación de los métodos idóneos para la construcción de una cualquiera de estas ciencias con las llamadas técnicas de investigación social, como entrevistas, *surveys,* escalas de opinión, cuestionarios de encuestas, etc.

Aunque no resulta fácil hacer una clasificación de estas técnicas si atendemos a su significación general como técnicas encaminadas a la obtención de datos, podemos agruparlas como sigue:

2.2.1. *Técnicas de observación directa.*—Se caracterizan por dirigir intencionalmente la atención sobre los hechos sociales tal y como se presentan espontáneamente al sujeto. Se oponen a las técnicas indirectas o documentarias, que se fundamentan en libros, proyecciones, etc.

Pero al dirigirse la atención de un modo intencional, la espontaneidad con que se patentiza la realidad no tiene más remedio que trucarse, pues la intencionalidad se opone a la espontaneidad maciza; más aún, supone una dirección *a priori* de lo «por observar», y en este sentido significa una importante selección y valoración de los datos.

De todas formas la observación directa tiene otras modalidades:

2.2.1.1. La observación simple pretende un encuentro personalizado y libre, falto de prejuicios, con el puro hecho. Por esto se le concede generalmente sólo un carácter explorativo, ya que existen pocos medios de control, y el registro de los datos se considera subjetivo.

2.2.1.2. La observación sistemática subsanará las limitaciones del método anterior, añadiendo instrumentos de registro y sistemas de controles de las técnicas de observación.

El esfuerzo en este sentido corresponde al hallazgo de instrumentos adecuados para ejercer ese control, mediante la tipificación de las observaciones e intentando controlar las variables de la situación que es objeto de observación.

Pero al tipificar las observaciones inevitablemente erosionamos en cierto modo lo genuino de lo observado, erosión que oscila muy ampliamente desde la simple selección subjetiva de la mismas —con ocasión de un cierto modelo formalizado—, hasta la ruda y torpe manipulación difícilmente enmascarada para el observador avezado.

2.2.2. *Las técnicas interpelativas.*—Bajo este nombre se agrupan los procedimientos de información social o de obtención de datos, que recurren a las personas más o menos afectadas por las situaciones reales. En su ma-

yor parte los datos se obtienen en forma escrita (formularios de encuestas), y se trata de una respuesta verbal a un estímulo verbal, representado por la pregunta.

Sin embargo, conviene advertir que la estructura de la pregunta remite, condiciona —y, en algunos casos, determina— la estructura de la respuesta, y con la estructura, el mismo contenido de ésta. Además, cuando el estudio no se lleva a cabo sobre grupos pequeños, sino sobre una población más amplia, es especialmente importante en las técnicas interpelativas el proceso de muestreo. La elección y determinación de la muestra, y su representatividad se constituyen en problemas complejos cuya solución es esencial para el significado de la investigación.

Estas son —brevemente— las características definitorias de las principales técnicas. En su delimitación se cela un peligro que históricamente no se ha visto siempre soslayado: el de limitar todo estudio metodológico a las técnicas de investigación, dejando de emplear otras formas de acercamiento a la realidad.

Para el empirismo radical, la investigación se reduce a la acumulación de datos empíricos y la ciencia a establecer relaciones directamente observables. Una forma atenuada del empirismo reconoce la necesidad de establecer conceptos generales, pero sólo si derivan de los hechos mismos: las generalizaciones sólo pueden y deben provenir de los hechos, como si la experiencia se hiciera general por sí sola; es una empiria autogeneralizadora que cree encontrar el punto de arranque de todo conocimiento en lo empíricamente inmediato: los hecho que «hablan por sí mismos».

Puede señalarse aquí un fenómeno derivado de esta actitud empirista. La necesidad de recurrir a conceptos y leyes la elaborados —de la que difícilmente puede librarse la inteligencia del hombre— ha llevado a la Sociología empirista a un uso progresivo del entramado conceptual que proporcionan las ciencias naturales más avanzadas. Se registra así un acercamiento creciente de las ciencias sociales, y de la Sociología en particular, a estas otras ciencias. Los hechos sociales son forzados para que puedan entrar en los cuadros mentales de las ciencias de la naturaleza. Se llega a lo que Sorokin (2) ha denominado el culto moderno a la Física social y a tantos intentos de elaborar una teoría social a imitación de la Física.

Es más: si bien Comte —en su obra *Física social*— y Spencer —con su *Filosofía física de la sociedad*—, que constituyen los primeros ejemplos del positivismo sociológico, insistieron en la necesidad de estudiar las sociedadades humanas como algo específico, los positivistas posteriores han ido reduciendo, incluso suprimiendo, las distancias.

Así, para P. W. Bridgman, el método operacional es el único seguro para estudiar los fenómenos sociales, ya que —son sus palabras— «el paralelismo de situación entre los fenómenos físicos y la sociedad es suficientemente riguroso para constituir algo más que una mera analogía, pues revela una identidad lógica».

Se comienza por una imitación de los términos físicos, como «valencia» (fuerza atractiva), «átomo social» (persona), «cohesión» y «dimensión» (so-

lidaridad y aspecto), y se prosigue con la transcripción y asimilación de métodos como el «operacionalismo», o los modelos matemáticos y mecánicos.

Se ha llevado al extremo un modo de pensar que pretende el calificativo de maximalismo científico en contraposición al filosofismo. El resultado es, con frecuencia notable, especulaciones que, basándose en una analogía infundada entre los dos tipos de ciencia, dejan sin explicar aspectos centrales de la realidad social.

Para ilustrar esa actitud puede servir un ejemplo recogido por Sorokin: se trata del intento de algunos sociólogos americanos, bajo la dirección de J. Q. Stewart, de descubrir las constantes de los fenómenos psicosociales y describirlas con la terminología de la física.

«Nuestro inmediato propósito —escribe Stewart— es buscar en la conducta social constantes que puedan ser expresadas en forma matemática más o menos parecida a las empleadas por la Física... recurriendo también a los factores sociales que operan de un modo parecido a los agentes físicos, es decir, a la temperatura, la carga eléctrica..., tratando los grandes conjuntos como si estuviesen compuestos de "moléculas asociales", pero sin intentar nunca analizar la conducta de cada molécula.» En el desarrollo de esta Física social de Stewart, se enfoca el universo social desde seis dimensiones y viene estructurado en seis «coordenadas sociales»: distancia, tiempo, masa, temperatura, carga eléctrica y número de moléculas, sean cuales sean las interpretaciones dadas a estas «dimensiones» sociales. «Esta lista —afirma su autor— hace a la Física social isomorfa en su estructura con respecto a las ciencias físicas», es decir, «que existe una completa y certera analogía entre dos o más situaciones», lo que autoriza a «transferir las ecuaciones de la Física a la política».

En el fondo no se trata más que de una terminología extraída de la Física a la que se ha vaciado de toda significación, para más tarde aprovechar un modelo mecanicista hueco del que apenas puede dar razón una metáfora mal traída.

Por esto, como afirma Sorokin, la Física social de Stewart tiene poca relación con la Física: sus términos fisicalistas son extraños a los correspondientes términos de la Física. La carga eléctrica no es sino deseo, la temperatura social es nivel de actividad humana y también intensidad de sus interacciones mutuas, la masa social expresa la población y cultura material, y así sucesivamente. Son, sin más, nociones corrientes en la Sociología tradicional y su estructuración a imitación de la Física no resulta ni lógicamente adecuada ni empíricamente fecunda, entre otras cosas, porque conjuga nociones irreductibles a un mismo orden. Como muestra Sorokin, el esquema conceptual es un «engendro híbrido» de pseudofísica y pseudosociología.

3. El corto alcance del positivismo en las ciencias psicosociales.

Exponemos a continuación un análisis crítico de las dificultades que obstruyen la tarea de obtener conocimientos científicos a partir de la pura (y exclusiva) observación externa de datos. Sobre las técnicas de investigación a las que antes se hizo referencia pueden hacerse las observaciones siguientes:

3.1. OBSERVACIÓN DIRECTA SIMPLE.—No es difícil advertir la complejidad que reviste hacer con ese método alguna observación relevante, entre otras cosas, porque un único fenómeno presenta una multiplicidad de características en las que se puede centrar la atención del investigador. Es obvio que su ecuación personal desempeña un gran papel en esta técnica. Así, por ejemplo, si se trata de observar el «comportamiento social» en una fábrica; para algunos pueden ser muy importantes los procedimientos de comunicación empleados por los obreros cuando están separados, especialmente en una fábrica ruidosa; otros dirigirán su atención al comportamiento hacia los jefes; mientras unos terceros considerarán la importancia de registrar los comportamientos anómalos de algunos trabajadores.

Por otra parte, siempre existe una participación emocional del observador, y lo registrado refleja una reacción subjetiva más bien que una observación objetiva. Como caso particular, se puede señalar el de la observación participante, en la que el investigador se hace pasar por uno del grupo, como por ejemplo, Nels Anderson, que realizó un estudio sobre vagabundos viviendo y viajando a menudo con ellos sin revelar que era un científico social. Una doble duda sobre el alcance objetivo y la eficacia de esta técnica surge de inmediato. Por una parte sería necesario controlar simultáneamente el modo en que las personas investigadas perciben al investigador. Pues se ha dado el caso de que en algunos experimentos de este tipo las personas estudiadas se comportaban en estrecha dependencia con la imagen que formaron del estudioso, burlando hasta cierto punto la formidable espontaneidad que el investigador creía estar explorando.

La otra dificultad reside en un hecho natural. A medida que se aprenden modos de comportamiento, y se familiariza el investigador con ellos, llegaría un momento en que los consideraría naturales.

Quizá, por tanto, no se anoten una serie de detalles que parecen obvios al investigador y que, por el contrario, pueden ser los más significativos precisamente en cuanto normales de esa colectividad.

En resumen: en la observación directa simple la cuestión del control sobre el investigador permanece insoluble.

3.2. LA OBSERVACIÓN CONTROLADA.—Se intenta limitar el error que introduce el observador, mediante una sistematización del proceso: registros tipificados, anotaciones del momento y condiciones en que se lleva a cabo, modos de hacer las observaciones, etc. Sin embargo, existe siempre el peligro de no tener previstas las posibles «nuevas soluciones» en las que el

investigador es una variable más. Interés particular presenta la situación «nueva» que se produce cuando los individuos del grupo o comunidad estudiada se saben observados.

Una buena ilustración del modo complejo en que el observador influye en los datos puede ser la presentada en un estudio de Hawthorne. En las fases iniciales, la investigación se dirigía a analizar la producción en una fábrica en relación a las condiciones de iluminación en la que operaban los trabajadores. Los investigadores tomaron precauciones para asegurar la normalización y la precisión de las observaciones. Sin embargo, se obtuvieron resultados aparentemente anómalos, porque la producción no sólo aumentaba con el aumento de la iluminación, sino que aumentaba también cuando ésta disminuía hasta casi alcanzar el nivel de una clara noche de luna.

Ninguno de los controles y ninguna de las variables que se pretendían medir eran tan cruciales como el hecho de saberse observado. Pero esta «situación nueva» era lo más contraria a la situación normal de trabajo en la fábrica.

3.3. TÉCNICAS INTERPELATIVAS.—En estas técnicas los datos que se obtienen reflejan una respuesta verbal, aceptando como datos, las informaciones que proporcionan los sujetos interpelados.

En realidad, la posible objetividad que pueden conceder los instrumentos o las técnicas versará sobre informaciones subjetivas, pues las mismas afirmaciones se refieren a lo subjetivo.

Es cierto que primordialmente se buscan datos sobre la conducta externa, pero no se puede perder de vista que lo que se recoge es la actitud externa operativa: lo que se siente o piensa, pero no la motivación interna, y su por qué.

Se trata de una limitación, puesto que una misma conducta o actitud externa posee o puede recibir una significación completamente distinta según el móvil interno que la sostiene: aceptar sistemáticamente la renuncia a toda inquisición de las motivaciones, conformándose con el *quid* cuantitativo de la conducta social, supone un reduccionismo y un desconocimiento del modo de ser real de la sociedad y, por tanto, una irregularidad en la metodología científica.

Veamos algunos sencillos ejemplos. Una medida política en defensa de la democracia puede ser rechazada tanto por un extremista de derechas como por un extremista de izquierdas. De un modo semejante, tanto un asesino potencial como un honrado idealista contestarán que «sí» a la pregunta sobre la supresión de la pena de muerte.

Puede suceder también que las respuestas a las interpelaciones reflejen una actitud, pero sin olvidar jamás que los procesos sociales son actividad, por lo que, llegado el momento, la acción efectiva de los individuos puede no concordar con su intención originaria.

3.4. PROCESO DE MUESTREO.—Para la delimitación de la muestra existen dos procedimientos principales: el de la selección intencionada o dirigida, que presupone ya un conocimiento más o menos general de ciertas características de la población, y los métodos probabilísticos o muestreos aleatorios, en los que interviene un mecanismo aleatorio y, por tanto, un modelo basado en la teoría de probabilidades. En el primer tipo el más conocido es el método de las cuotas. Después de componer un modelo reducido de la población según determinadas categorías (personales, familiares, socioprofesionales, de habitat, etc.) se asigna a cada investigador un número determinado de personas (cuota) de las que se debe obtener información dejando a su elección la persona concreta.

En este procedimiento no se puede valorar el margen eventual de error, porque se ignora el grado de diferencia entre la muestra y la población. Gracias a sa ambigüedad puede resultar una microimagen falsa y, lo que es peor, no se podrá saber, ni siquiera aproximadamente, en qué medida lo es. Además de los conocidos riesgos de que el investigador trabaje exclusivamente con los individuos conocidos, se descuidan las posturas singulares o extremas (que pueden no ser extremistas según una escala de valor). Los métodos probabilísticos en cambio consienten asegurar la representatividad de la muestra, a veces con escaso margen de error.

Puede hacerse aún una última consideración: se engaña también no diciendo toda la verdad. Las personas que acceden a los resultados de una investigación, no suelen ser especialistas en estadísticas y no conocen la existencia de errores *standard*. Si en la presentación de los resultados no se indica de una forma adecuada el alcance de esos valores y los márgenes de error que deben considerarse, es fácil suponer que bastantes personas resultarán engañadas al ser inducidas a creer en fáciles e inconsistentes extrapolaciones sin ningún rigor científico.

El aparato crítico suele escasear en los informes que se ofrecen como resultado de investigaciones sociales.

3.5. CONCLUSIÓN.—De las limitaciones analizadas anteriormente se desprende que la Estadística no puede ser un método de sistematización de los hechos sociales, ni el método por excelencia de la investigación sociológica. En efecto, las ecuaciones ideales de los números no pueden objetivar la conducta humana en sociedad. Los criterios de probabilidad matemática que están en la base de la inferencia estadística (*), sólo pueden ser aplicados de modo aproximativo. En las ciencias sociales, la función del conocimiento estadístico no va más allá de una técnica metódica auxiliar de exploración, en virtud del análisis realizado con los datos recogidos (estadística descriptiva). Puede ser también una técnica de verificación; pero nunca un método para la sistematización científica.

(*) Del conocimiento estadístico —medidas obtenidas a partir de una muestra— se pasa a la enunciación de parámetros —medidas que describen una población— para comprobar la concordancia entre los resultados observados y los que cabría esperar en virtud de una determinada hipótesis.

El propósito de operar por ascenso desde los hechos de experiencia e intentar que el tratamiento estadístico sea el soporte válido para la aprehensión de un fenómeno social no es admisible. El tratamiento matemático de algo no objetivo —datos que resultan de aplicar las técnicas de observación o de interpelación— conduce de hecho sólo a una matematización de lo subjetivo. En otras palabras, un conjunto de opiniones no refleja la realidad por el hecho de que se enuncie en porcentajes.

Es sabido que en las matemáticas y en las ciencias naturales las abstracciones superan la simple enumeración de fenómenos, aunque partan de ella. Y es que el verdadero método científico es otro. En el trabajo de sistematización científica no se puede proceder sobre la única base del dato de experiencia. Reclamar abstracciones extraídas sólo de los hechos es postular un imposible lógico.

La ciencia (natural o social) es siempre teoría racional, lo que quiere decir que sus conceptos, teoremas o postulados han de construirse teniendo en cuenta la naturaleza del respectivo objeto, pero también la estructura lógica de la razón, cuyas abstracciones y generalizaciones no están en la experiencia, sino en la razón misma.

Es la razón y no el puro hecho, lo que permite llegar a los conceptos científicos naturales. Al prurito científico-naturalista de los empiristas sociales, puede ser útil, replicar sencillamente con un pensamiento de Einstein, según el cual los conceptos y principios básicos de la ciencia no son dados empíricamente, sino que son «invenciones libres del intelecto humano».

Pretender extraer de las técnicas de investigación social hechos estructurales y funcionales es desconocer en no pequeña proporción la metodología científica. En ésta se trata de obtener datos que puedan controlar una hipótesis, pero conviene advertir que son las hipótesis las que iluminan el plan fundamental de la investigación: Determinando lo más exactamente posible las categorías de hechos directamente observables y su significado preciso en relación con las hipótesis; haciendo que los estímulos verbales (preguntas) respondan a una finalidad precisa y su respuesta pueda ser relevante para el problema que se está estudiando, a la vez que se tiene en cuenta el grado de generalización posible y sus limitaciones en virtud de la muestra elegida.

La sistematización es indispensable desde el primer momento; toda investigación debe basarse en ella. No se buscan primero los hechos, para compararlos y sistematizarlos luego, pues un hecho de por sí dice muy poco. Lo esencial está en precisar su significado y ésta sólo puede ser valorada con una sistematización lógica en un encuadre conceptual más o menos preciso.

Los mejores sociólogos y demás científicos sociales han desechado hace tiempo el método positivista. El acento se traslada justamente, en la actualidad, a la sistematización previa y al encuadre conceptual.

4. Hacia una metodología posibilitadora de la Psicología social.

En las páginas anteriores se ha pretendido salir al paso de la excesiva confianza que frecuentemente se concede a la observación externa como método para la construcción de una ciencia psicosociológica, y en ella, a las llamadas técnicas de investigación social en Psicología. Se trata ahora de la posibilidad de encontrar una metodología de reelaboración y sistematización conceptual que admita la existencia de una ciencia positiva psicosociológica. Esa posibilidad nace precisamente de conceder a las hipótesis el papel primordial que el positivismo había concedido a los hechos. Es cierto que para la formulación de hipótesis se necesita un contacto previo con la realidad de los hechos sociales, pero esa primera observación en sentido amplio, puede revestir múltiples formas, que no se agotan en una mera observación externa; entre otras cosas, porque es imprescindible la captación de la dimensión espiritual, esencial en la vida en sociedad de los seres humanos, inteligentes y libres.

4.1. El fundamental papel de las hipótesis.—La importancia de las hipótesis para el método positivo en las ciencias psicosociales es debida a su doble función de indicar al investigador qué aspectos de un fenómeno ha de tener en cuenta y permitir que la teoría existente se engrose con nuevas proposiciones.

La hipótesis constituye un esbozo de la ley psicosociológica que responda a los interrogantes planteados ante una situación social determinada. La investigación posterior tiene como objeto comprobar lo fundado de esta hipótesis. Si la hipótesis viene verificada por la experiencia podrá dar lugar a una ley; de otro modo, se rechaza y se formula otra hipótesis que, a su vez, tendrá que ser sometida a nueva verificación.

La observación externa tiene significación teórica fundamentalmente en el momento de la verificación, dando a las ciencias sociales la posibilidad de su objetividad y transmisibilidad, gracias al control que lo externamente mostrable o cuasi-demostrable puede ejercer sobre la labor eminentemente racional de la ciencia.

4.2. La formulación de la hipótesis.—En la formulación de una hipótesis entra en juego la capacidad de la inteligencia humana, los conocimientos poseídos, la intuición y la capacidad creadora o poder inventivo de la imaginación.

La capacidad de síntesis, de percibir las posibles relaciones entre fenómenos aparentemente independientes, posee una función primordial en la formulación de las hipótesis. No basta encontrar «la idea»; es necesario delimitar y precisarla claramente: las hipótesis de trabajo deben ser definidas con la mayor precisión posible. Al comienzo pueden no ser muy específicas; pero, poco a poco, a medida que se progresa en la investigación, la hipótesis inicial será objeto de modificaciones para conseguir mayor definición y delimitación.

La formulación de una hipótesis válida no se obtiene automáticamente; de ordinario viene precedida de muchos pasos en falso, proposiciones aproximativas y consideraciones muy genéricas. Pero, por otra parte, la historia de las ciencias positivas ofrece innumerables ejemplos de los adelantos registrados cada vez que alguien se ha hecho la pregunta oportuna.

4.1.2. *La verificación de la hipótesis.*—Los resultados fructíferos de la experimentación en las ciencias naturales como método comprobador de hipótesis ha sido provechoso. El positivismo —como ya se ha dicho— ha intentado seguir el mismo método para la verificación empírica de las hipótesis en las ciencias sociales. Se puede afirmar que la mayor parte de los numerosos estudios que se llevan a cabo son en realidad falsamente experimentales y tienen poco que ver con el verdadero método experimental. Y esto porque si, en términos simples, la regla fundamental del método experimental es variar sólo una condición a un tiempo y mantener todas las demás condiciones rígidamente constantes, resulta muy difícil tener en cuenta todas las variantes. Cualesquiera que sean las posibles variaciones, lo esencial en la mayoría de los experimentos que se realizan se basan en uno de estos dos procedimientos generales:

a) Comparación de un grupo experimental con un grupo de control no sometido a la variación con que se experimenta.

b) Observación del mismo grupo antes y después de someterlo a las condiciones o factores con que se hace la experiencia.

Al comprobar el grupo experimental con el grupo de control, el experimentador no trabaja con dos grupos completamente homogéneos, sino que sólo son idénticos en la característica experimentada. Sorokin presenta un ejemplo de esto: «Tómense dos grupos perfectamente apareados; hágase, si se desea, que coincidan nada menos que en diez de sus más importantes características psicosociales: sexo, edad, raza, nacionalidad, religión, cociente intelectual, educación, trabajo y alojamiento».

¿Se habrá agotado su caracterización? No parece probable. Quedarán aún diferencias, rasgos esencialmente diferentes como, por ejemplo, convicciones éticas y legales, criterios estéticos, preferencias científicas, mentalidad filosófica, temperamento, emotividad, humor predominante, gustos, preferencias en clases de personas con quien tratar, cultura, preferencia de libros, películas, etc. En la mayor parte de los experimentos, el apareamiento de dos grupos no suele ir más allá de dos, tres o cinco de sus rasgos. Esto significa que, de los cientos de rasgos que caracterizan a los individuos de cada grupo, sólo se tienen en cuenta unos pocos. Y aún cuando pueda parecer perfecto el apareamiento de las características citadas, en realidad no lo es, pues la aparente coincidencia de sexos, edades, trabajos o partidos políticos no implica que deje de haber diferencias entre los individuos o grupos dentro de cada una de esas «semejanzas».

Esto se da, sobre todo, en las clases de apareamiento más frecuentemente utilizados en los estudios sociales: los que se llevan a cabo sirviéndose en la mayoría de los casos del sencillo expediente de registrar las res-

puestas dadas por individuos a los que se interroga sobre su religión, su credo político, clase de trabajo, ingresos o cualquier otro pormenor. Pocas veces el investigador se toma el trabajo de investigar lo que un individuo entiende por su credo político o su nivel de vida; de averiguar cuál sea el verdadero contenido de estos términos y cómo cada una de esas variables se manifiesta en su ideología, emociones, deseos o acciones conscientes.

El resumen que hace Sorokin es el siguiente:

— En esta clase de experimentos, se nos da un grupo, A, con centenares de características: *a, b, c, d, n, m,* ... S (variable) ... *x, y;* y otro grupo, B, también con cientos de características: *a', b', c', h, g, i, p,* ... Z;
— los investigadores piensan que, por el mero hecho de aparear los grupos A y B en *a, b, c,* éstos quedan identificados en todos sus rasgos, salvo la variable experimental S, que sería causa de todas las diferencias existentes entre los grupos A y B;
— tales supuestos, sin embargo, resultan insostenibles, pues ni siquiera se suele llegar al apareamiento de *a, b, c.* En lugar de una identidad entre esos rasgos apareados, lo más frecuente es que tengamos tan sólo una semejanza aparente de *a* con *a',* de *b* con *b'* y de *c* con *c';*
— pero, además de la variable experimental S, A y B permanecen diferentes en muchísimas otras características: *h, g, i, p,* ... *z,* para B, y *d, n, m.* ... S, ... *x, y,* para A.

En este océano de diferencias, el papel del factor S no puede ser aislado ni estudiado experimentalmente. Ni el método de concordancia, ni el de diferencia, ni el de variación concomitante, ni el del residuo son aplicables a grupos tan heterogéneos, que seguirán sin estar apareados. Descubrir una verdadera relación entre las variables estudiadas supone una operación sumamente difícil y arriesgada, que este método no fundamenta.

Lo mismo se puede decir de los estudios experimentales de un mismo grupo antes y después de someterlos a la variable experimental. El factor tiempo puede confundir los resultados experimentales. Toda variable, en el campo de las ciencias psicosociales, exige un cierto tiempo para producir efectos sobre el comportamiento, pero precisamente por eso es imposible aislar el supuesto influjo del estímulo experimental de los efectos que otras situaciones han tenido en los sujetos, aparte de lo cambiante que suelen ser las respuestas verbales.

Interróguese a un mismo grupo tres veces, por ejemplo, sobre los mismos asuntos, de carácter más o menos complicado; déjese transcurrir una semana o un mes entre cada interrogatorio; si durante este tiempo suceden en el grupo sucesos de cierta importancia, no cabe duda de que las respuestas a las mismas preguntas serán distintas cada una de las tres veces. Y puesto que las opiniones cambian rápidamente a tenor de la vida de los sujetos, y, además, el mero hecho de repetir los interrogantes es ya

uno de los factores que hacen cambiar las respuestas a un mismo formulario, es obvio que no se puedan atribuir las diferencias en las respuestas sólo a un factor experimental, anteriormente elegido.

La conclusión práctica de estas consideraciones no es el rechazo del método experimental en las ciencias sociales. Se trata, simplemente, de estar en condiciones de detectar el pseudo-experimento, para poder encontrar un método realmente experimental para los casos en que pueda tener validez.

Por otra parte, la experimentación propiamente dicha, o sea, la provocación artificial de fenómenos con fines de verificación de hipótesis está vedada en amplísimos y esenciales sectores del mundo de lo social, tanto por razones antropológicas de respeto a la intimidad, como por exigencias técnicas.

En resumen: la verificación de las hipótesis en las ciencias sociales no se agota en la verificación empírica según los esquemas del método experimental, ni en la inferencia estadística. En efecto, como se señaló antes, el tratamiento estadístico de los datos obtenidos con las técnicas de observación externa supone sólo un apoyo para la comprobación de las hipótesis. La aceptación de una hipótesis puede ser el resultado final de una serie de observaciones cuidadosas, pero es, ante todo, una conclusión lógica y no primordialmente estadística.

En realidad, la esencia de la verificación estadística consiste en la posibilidad que los hechos ofrecen de rechazar una hipótesis. Por ello, las conclusiones que se pueden obtener son de este tipo: «las observaciones son contradictorias con la hipótesis», o por el contrario: «las observaciones no contradicen la hipótesis». Pero nunca estaremos autorizados a decir, siguiendo el proceso estadístico, que «tal hipótesis es verdadera».

La comprobación de una hipótesis en las ciencias psicosociales implica, pues, algo más que una supuesta verificación empírica. Corresponde también esta vez a la razón el último paso. El dictamen final es un juicio racional que excluye la posibilidad de contradicción lógica con otras verdades ya admitidas y debidamente comprobadas, incluso en otras ciencias distintas, según el estado actual de los conocimientos.

Sólo así las hipótesis pasan a la categoría de proposiciones que extienden la teoría ya existente, o la modifican. Hipótesis adicionales pueden ser formuladas a partir de una teoría válida y en esto consiste el progreso de las ciencias positivas: una investigación al servicio de la teoría y que, al desvelar determinadas leyes, ordena los conceptos y proposiciones en un sistema estructurado de modo que explique suficientemente un concreto grupo de fenómenos.

4.2. PUNTUALIZACIÓN SOBRE LAS LEYES PSICOSOCIALES.—En las ciencias positivas no se registra sólo la tarea de presentar un ordenado cuadro de conceptos. Una fase posterior es encontrar la relación de estos conceptos entre sí, es decir, sus leyes. Por influencia de las leyes naturales de la época en que nació la Sociología, se percibe en la formación del concepto de

ley sociológica el impacto del concepto de ley según el uso de las ciencias físicas.

Dado que los hechos de la naturaleza se rigen por unos procesos necesarios (leyes de la naturaleza), es preciso captarlos racionalmente y formularlos obteniendo leyes científicas, espejo de las que se dan en el mundo exterior.

Por este mismo camino dieron sus primeros pasos los cultivadores de la ciencia social. El camino se presentaba erizado de dificultades, entre las que destacaban las siguientes:

a) La falta de instrumentos precisos de observación y medición.

b) La mayor complejidad del mundo social que presenta un número de variables superior al mundo natural.

c) Una menor manejabilidad de la realidad social.

Los físicos, químicos, etc., pueden hacer experimentos y repetirlos una y otra vez controlando las variables. El sociólogo, no. Lo más que puede hacer es experimentar con pequeños grupos. El sociólogo nunca podrá organizar, por ejemplo, revoluciones, para estudiar su dinámica.

En compensación —decían— la historia ofrece material abundante. Por tanto, concluían, el problema de las leyes exactas en ciencias sociales es un problema de tiempo: si lleváramos tantos siglos como los físicos tendríamos también su exactitud. Ahora bien, tener leyes exactas quiere decir que podemos prever siempre lo que pasará cuando se den determinadas circunstancias. En ciencias naturales este presupuesto se apoya sobre el determinismo que rige el mundo de la naturaleza.

Algunos sociólogos han seguido este camino: la reducción de la sociedad a un campo de fuerzas regido por las leyes físicas. Pero esos grandes intentos han acabado en grandes fracasos. La razón de estos fracasos está en buena parte en las dificultades señaladas anteriormente —falta de técnicas adecuadas, mayor complejidad de los hechos sociales, etc.—, pero también tienen una raíz más profunda: las leyes físicas pueden ser exactas porque el mundo de la naturaleza está presidido por el determinismo, al menos en el sentido de que no actúan como seres libres. Las leyes sociales, sin embargo, no resultan exactas, porque el mundo social se basa sobre las conductas de los hombres, que sí son libres.

Se trata del viejo error monista de considerar que la sociedad —el hombre, en definitiva— no se diferencia para nada de los demás seres materiales del universo. La crítica de este monismo materialista que subyace bajo el monismo metodológico escapa a las ciencias sociales y es más propio de la Filosofía.

Se trata de una disyuntiva que es previa: o se acepta que el hombre está dotado de espíritu, y que goza de libertad (y este hecho ha de tenerse en cuenta en toda la metodología científica), o se le niega esta fundamental propiedad.

Desde un punto de vista estrictamente científico, negarlo supondría seguir una opción «dogmática» y apriorística, no demostrada ni demostrable, con lo que el positivismo se vería ante la imposibilidad radical de funda-

mentar sus premisas. En efecto, al atenerse sólo a los datos sensibles se hace incapaz de juzgar sobre lo suprasensible. Sin embargo —siempre en el terreno exclusivamente científico—, para el psicólogo social, el espíritu es, cuando menos, una hipótesis necesaria que le sirve para explicar fenómenos como la inteligencia, las ideas políticas, el arte, el sacrificio por la patria, etc., que se dan única y exclusivamente en los hombres, y que hasta hoy ningún movimiento que tenga sólo en cuenta a la materia ha podido justificarlo (*).

Aceptar que el objeto de la Psicología social está constituido por acciones y comportamientos de hombres con libre albedrío y dimensión espiritual comporta obligadamente una serie de consecuencias en la metodología de las ciencias sociales.

Esta libertad y espiritualidad —unida a la historicidad e irrepetibilidad de los hechos sociales —que son las características que diferencian el objeto de las ciencias histórico-culturales del de las ciencias naturales, conducen a la imposibilidad de formular unas leyes exactas en las ciencias psicosociales, porque el mundo del hombre y de la sociedad no se rigen por este tipo de leyes.

Las ciencias psicosociales parecen encontrarse así en una difícil disyuntiva: o se hace ciencia, negando la indeterminación que se da en los fenómenos psicológicos y sociales, o se acepta esta indeterminación, y se renuncia a hacer ciencia.

Un tercer camino apareció cuando se produjo un interesante cambio en la noción de ley de las ciencias naturales. Se empezó a concebir la ley como una construcción mental que nos sirve para explicar determinadas relaciones entre unos objetos y no como el simple calco lógico de la realidad. Mientras puede explicar o comprender estas relaciones, será válida. Cuando surja un hecho nuevo que no pueda ser explicado (en la práctica un solo hecho no suele hacer abandonar una ley que explique útilmente otros muchos hechos), se formula otra que sea capaz de explicar también este hecho nuevo, que a su vez será reemplazada por otra cuando no explique otros nuevos fenómenos.

En las ciencias psicosociales —siempre a la zaga de las naturales— la mayoría de los autores han adoptado hoy ese esquema. La ley es una construcción mental con el fin de relacionar fenómenos y explicarlos, englobándolos en una teoría que sirva para prever comportamientos sociales futuros. No es, por tanto, una transcripción lógica exacta de la realidad: existe un brusco salto entre las dos.

Pero si las leyes no reflejan la realidad, ¿para qué sirven? Esas leyes tienen una clara base real. En efecto, observando el mundo de la sociedad se advierte que existe un cierto orden, resultado de que la conducta huma-

(*) No quiere ser esto una demostración de la existencia del espíritu que es un problema filosófico. Sólo se pretende dejar claro que suponer la existencia del mismo es una opción más abierta y científica que su contraria, mientras haya acciones humanas que el científico no sepa explicar de otra manera.

na es racional, y, en cuanto tal, previsible en cierta medida, ya que la libertad no es sinónimo de imprevisibilidad, irracionalidad o anarquía. Y sobre esta conducta que tiende a ser regular —es un hecho de observación cotidiana— se basan las leyes psicológicas y sociales, que ya no son el calco lógico de la realidad, con la pretensión de predecir con exactitud el comportamiento, sino una construcción mental que responde sólo aproximadamente a la realidad.

Se da, pues, una separación entre ciencia y realidad, en el sentido de que la primera no puede agotar la segunda.

Un ejemplo sencillo —quizá también un poco simplista— puede aclarar las consideraciones anteriores. Enunciemos una ley psicosociológica, como la que sigue: los hombres se comportan según los papeles que desempeñan en la sociedad. Sabemos bien que esto no entraña necesidad. Cualquiera puede negarse a seguir estas expectativas sociales y también de esto existen abundantes ejemplos diarios. Y, sin embargo, continúa siendo útil esa ley, en cuanto que sirve para predecir aproximadamente el comportamiento de muchas personas que habitualmente siguen indicaciones sociales que provienen de la función que tienen asignadas en la sociedad.

Sin duda, más vale esto que nada, aunque no conviene nunca olvidar el abismo que separa ambos mundos.

Ahora quizá sea más sencillo comprender por qué la divulgación científica entraña responsabilidad en ocasiones de orden ético: no todo el mundo está preparado para entender esta distinción, y puede tomar por realidad —cuando no por deber ser— lo que sólo es una construcción mental que se refleja de un modo inexacto e incompleto.

5. Panorama actual de las ciencias psicosociales.

No es fácil trazar brevemente un programa de la situación actual de los estudios de las ciencias psicosociales. Lo que sigue es, sobre todo, un intento referido a la disciplina más antigua, la Sociología. El interés de esta síntesis reside en el hecho de que es la Sociología el ámbito de las ciencias sociales en el que con más frecuencia se ha intentado una extrapolación psicológica e incluso antropológica: una interpretación global del hombre basada en su dimensión social.

5.1. El organicismo positivista.—En rigor no debería incluirse en esta síntesis, porque como teoría sociológica unitaria, ha dejado de existir. Sin embargo, al ser la primera teoría dominante de las ciencias sociales [basta decir que Comte, Spencer (3), Durkheim (4) y Tönnies (4) son, entre otros, sus expositores célebres] ha influido en todas las posteriores. Por otra parte, aunque como conjunto haya sido enterrada hace bastantes años, siguen en pie muchos de sus elementos. El mismo título revela dos componentes fundamentales:

5.1.1. *El organicismo.*—Es un traslado al mundo social de categorías biológicas pertenecientes al mundo animal. La sociedad es considerada como un gran organismo, con células, tejidos y sistemas que se encuentran unificados. No es, sin embargo, estrictamente necesario que use esta terminología. El objeto de estudio es esta totalidad. En sus formas más destacadas —Spengler y Toynbee— las analogías con un organismo biológico llegan muy lejos.

Se intenta delimitar las diversas sociedades históricas (la griega, la romana, la cristiano-occidental, la islámica, etc.) y describir su «ciclo vital»: nacimiento, desarrollo, decadencia y muerte (*), ciclo que, obviamente, ha de cumplir cada una de estas grandes sociedades u organismos. A cada unidad social le son reconocidas ideas dominantes propias y pasiones, como si se tratase de la historia de una persona.

5.1.2. *El positivismo.*—Es el método que se empleó para el estudio de estos organismos sociales. Teniendo en cuenta la época en que se sitúa esta corriente —siglo XIX y primeras décadas del XX— se trata de un positivismo bastante radical (aunque existan entre los autores sensibles diferencias en este sentido).

La concepción de la sociedad como «gran animal» y las metáforas biológicas no podían ser verificadas de ninguna manera por este método positivo, dando como resultado una tensión entre las dos componentes. La tensión degenera en lucha abierta y en los años 20 el organicismo se separa del positivismo (Spengler y Toynbee, antes citados, y Sorokin ya no son positivistas bajo ningún concepto), constituyendo una teoría aparte que en su forma extrema ha sido ya abandonada del todo. La otra rama —el positivismo— es simplemente un método que recogen otras escuelas.

5.2. EL BEHAVIORISMO SOCIAL.—Representa una reacción contra los excesos del organicismo. Se da particularmente en Estados Unidos.

5.2.1. *Principales características.*—La materia de estudio de las ciencias sociales no está formada por las grandes unidades (Imperio romano, Sociedad cristiano-occidental, mundo islámico, etc.) preferidas por el organicismo, ni por las relaciones entre los órganos de estas unidades, sino por las acciones sociales derivadas de la conducta social (**). El método, sin embargo, continúa siendo el positivo, secundando en esto a los fundadores de la Sociología.

(*) Cfr. el famoso libro de O. SPENGLER sobre la decadencia de Occidente.

(**) Paralelo al behaviorismo se da el formalismo social, de raíz neokantiana, que mantiene que el objeto de las ciencias sociales es el estudio de las formas —por oposición a los contenidos— de sociabilidad, de relaciones sociales. Se opone, pues, también al behaviorismo, que se centra en las acciones sociales. A esta rama formalista pertenecen L. WON WIESE (6), GEORG SIMMEL (7) y, más modernamente, G. GURVITCH (8).

5.2.2. *Aportaciones más importantes de esta corriente.*

5.2.2.1. El aumento y sensible mejora de las técnicas de estudio de los fenómenos sociales. Se inventan métodos de observación controlables y de registro de datos. Se construyen infinidad de escalas para medir actitudes y relaciones sociales. Se experimenta continuamente y se almacenan cantidades ingentes de datos.

5.2.2.2. Una delimitación más precisa del objeto de las ciencias psicosociales y, en particular, de la Sociología, que abandona su pretensión de ciencia omnicomprehensiva.

5.2.2.3. El nacimiento y desarrollo de la Psicología social, campo donde las técnicas tienen más fácil empleo.

5.2.3. *Crítica.*—Los behavioristas son partidarios, generalmente, de un extremo: recogen datos masivamente, pero —por el error metodológico de pensar que los datos «hablan por sí solos» o de que observándolos y registrándolos descubrimos las leyes del mundo social— son incapaces a menudo de dar explicaciones satisfactorias de los fenómenos que anotan con tanto esmero.

Esta esterilidad conceptual y de resultados prácticos (salvo en algunos campos de Psicología social, como ya se ha dicho) lleva de hecho a la mayoría de los sociólogos actuales a abandonar esta corriente.

Entre los autores más importantes del behaviorismo social se encuentran Ch. H. Cooley (9), E. A. Ross (10), W. F. Ogburn (11), W. I. Thomas (12) y R. K. Merton (13). Los más jóvenes de estos autores (los que todavía viven) han abandonado el behaviorismo y han pasado a militar en las filas del funcionalismo, constituyendo hoy día el grupo más fuerte en Estados Unidos, del que destacan, sobre todo, Parsons (14) y Merton.

5.3. EL FUNCIONALISMO.—Es un movimiento difuso que ha influido en muchas disciplinas. Su punto de partida se basa en que, en vez de considerar la estructura como dato básico, y la función como dependiente de ella, se invierten los términos y se considera la estructura como variable dependiente de la función. Así, por ejemplo, se habla de una arquitectura funcional: la forma (estructura) depende de los usos (funciones) para los que está pensada.

Estas nociones fueron aplicadas a las ciencias sociales y por extensión, más tarde, a la Psicología social.

5.3.1. *Sus relaciones con las teorías organicistas y behavioristas.*—El behaviorismo nace en polémica con el organicismo que, en su opinión, estudiaba entidades abstractas de existencia no demostrada (sistemas sociales); él prefiere empezar «desde abajo», observando las conductas sociales y volviendo así al atomismo social. El funcionalismo vuelve a dar impor-

tancia al «todo», al sistema social general. Las unidades pequeñas —las acciones sociales, punto de arranque del behaviorismo— se consideran secundarias, y son interpretadas en función del sistema general.

El funcionalismo representa, por tanto, una vuelta al organicismo de los fundadores de la Sociología (*). Se diferencia de él en que, para los organicistas clásicos, estos sistemas sociales eran configuraciones históricas reales (el Imperio romano, la sociedad feudal medieval, etc.). En cambio, los funcionalistas se basan en formulaciones abstractas dejando de lado el estudio de esas sociedades históricas. La diferencia radical consiste en que el organicismo es un programa de acción, mientras que el funcionalismo supone un intento de construcción teórica.

5.3.2. *El estudio de pequeños grupos.*—Como el estudio global de la sociedad moderna resulta difícil, el funcionalismo avanzó rápidamente en el análisis de las pequeñas sociedades primitivas (**). En estas sociedades es más fácil hacer un estudio global relacionando las partes entre sí y con el todo. Los individuos que componen una sociedad —explican los antropólogos funcionalistas— están conectados entre sí por un conjunto definido de relaciones sociales, formando la estructura social (anatomía o morfología de lo social). La vida de la comunidad constituida por el conjunto de actividades económicas, religiosas, etc., que tienden a satisfacer las necesidades de sus componentes es el funcionamiento de esta estructura (la fisiología de lo social). Se marcan, en estos estudios, las diferencias existentes con los organismos animales. En éstos pueden estudiarse su estructura (anatomía) con independencia de su funcionamiento (de su fisiología y, más genéricamente, de su actuación total). Más aún: esta anatomía suele considerarse como dato básico que condiciona las funciones que ese organismo podrá desarrollar (tiene alas, luego vuela).

El funcionalismo de las ciencias sociales asigna, en cambio, la prioridad a la función sobre la estructura ya que ésta no puede observarse más que cuando está en funcionamiento, porque está en funcionamiento.

Sin función no habría estructura (vuela y por eso tiene alas).

5.4. IDEOLOGÍAS DEL CONFLICTO Y TEORÍAS DEL CONFLICTO.—Este cuerpo en perfecto funcionamiento —el organismo social para los organicistas y funcionalistas— es irreal: la sociedad está surcada por la oposición de grupos, que engendran tensiones. El organicismo cerraba los ojos a esta realidad, y los ideólogos del conflicto del siglo XIX se lo reprochan. Es el mismo

(*) Obsérvese el paralelismo existente con la Psicología de la *Gestalt*. De hecho los funcionalistas reconocen que han sufrido influencias de los psicológos gestaltistas. Les cuesta, en cambio, reconocer su filiación organicista, debido quizá a las tendencias antiempiristas y conservadoras de algunos de los grandes autores organicistas.

(**) Esta tendencia arranca de finales del siglo XIX, empalmando con el organicismo clásico, y su apogeo data de los años 20 y 30 con RADCKLIFFE-BROWN, MALINOVSKI (15) y BENEDICT (16), entre otros; en Sociología, en cambio, es más reciente.

reproche que repiten los teóricos del conflicto a los funcionalistas: que no ven los contrastes, las disfunciones.

Se puede establecer, por tanto, un paralelismo (que, sin embargo, no debe llevarse muy lejos) entre el organicismo y su sucesor funcionalista y la ideología del conflicto (nacida como reacción al organicismo) y la teoría del conflicto que sería una versión moderna, y más científica, de la ideología del conflicto.

5.4.1. *Ideología del conflicto.*—Como indica su nombre esta corriente sociológica tiene una fuerte coloración ideológica, de tal manera que no debería considerarse como ciencia social en sentido estricto. Su gran influencia práctica hace inevitables al menos algunas referencias. Tiene dos grandes ramas:

5.4.1.1. El marxismo.—Basa su concepción de la sociedad en la existencia de dos clases sociales, capitalistas y proletarios, que se distinguen porque los capitalistas o burgueses poseen los medios de producción en régimen de propiedad privada que es, para Marx, el origen de las clases. Estos dos grupos van distanciándose cada vez más: la riqueza se va concentrando en unas pocas manos, mientras que la pobreza se extiende y agudiza cada vez más. (Es la famosa tesis del empobrecimiento creciente del proletario que cuesta actualmente a los ideólogos soviéticos tantas dificultades teóricas y prácticas.) El enfrentamiento de las dos clases debe terminar con la revolución que, al abolir la propiedad privada, corta de raíz la posibilidad de que vuelvan a surgir las clases sociales.

El marxismo se dio a sí mismo el nombre de socialismo científico (frente al «romántico» de Fourier, Saint-Simon, etc.), cuando es una ideología y no un sistema científico. Sus proposiciones no se presentan como hipótesis que hay que verificar, sino como la misma realidad dialéctica, que se verificará inexorablemente. En realidad las tesis sociológicas del marxismo (existencia de dos únicas clases, empobrecimiento del proletariado y del fin de las clases con la revolución) han sido desautorizadas por los hechos.

5.4.1.2. Darwinismo social.—Es la respuesta reaccionaria al marxismo, dentro de esta misma corriente de la ideología del conflicto. Se basa en la idea de que la naturaleza opera por sí sola la selección de los mejores. En la vida social, las diferencias entre ricos y pobres provienen del distinto valor de las personas: los más fuertes —más inteligentes, más trabajadores, etc.— suben, mientras los más débiles se hunden, siendo natural y bueno que suceda así. Por tanto, no se ha de hacer nada para intervenir en este proceso. Los neodarwinistas son aún más encarnizados defensores del mantenimiento del *status quo,* de la política de no intervención del Estado en la actividad privada que los mismos organicistas. En su extremo están los racistas, de los que H. S. Chamberlain es su mejor exponente. En la actualidad no hay ningún sociólogo de esta segunda rama.

5.4.2. *Teoría del conflicto.*—La perspectiva ideológica presente, de manera tan clara en la ideología del conflicto, ha dañado mucho su prestigio en los ambientes académicos y científicos. Sin embargo, vuelve a reponerse en la actualidad —como reacción al funcionalismo—, despojada de coloración ideológica y con un método científico más riguroso.

Como teoría sociológica tiene poca envergadura (en cuanto a número de publicaciones y autores, sistematización de sus proposiciones, etc.). Mayor es, en cambio, su valor crítico, de denuncia de la sociología funcionalista, demasiado estática y despegada de la realidad, demasiado perfecta para ser verdadera (*). Critica también al funcionalismo su latente ideología (conservadora, como es de suponer, dadas sus características) y el abordar sólo los temas que van a «favor» suyo: el proceso de socialización, la asignación de papeles, la función de la educación, etc., mientras abandona la ciencia política, la sociología sindical, etc., que —dicen— son los temas más interesantes en ciencias sociales, por ser los más acuciantes en la vida práctica. La teoría del conflicto es una corriente, más para hombres de acción que para académicos. Hoy por hoy es un interesante contrapunto del funcionalismo. Son autores de esta corriente en los Estados Unidos, Vold —y bajo bastantes aspectos—, Gerth y Mills (17). En Alemania podemos destacar a Oppenheimer (18) y Dahrendorf (19).

CONCLUSIONES

Una vez trazado este breve panorama de las escuelas sociológicas parcialmente fundantes de la Psicología social, pueden resultar útiles algunas conclusiones, que ayuden a esclarecer el alcance y validez de las ciencias sociales en su aplicación a la Psicología social.

1. Todas las escuelas sociológicas actuales utilizan el método positivo. Aunque el positivismo extremo —que quiere partir de los hechos y sólo desde ellos levantar una teoría— tiene aún numerosos seguidores, las nuevas escuelas (funcionalismo y teoría del conflicto) construyen a partir de hipótesis, formuladas tomando ocasión de la observación y de teorías ya establecidas. El método positivo, así concebido, es el elemento necesario y valioso en el conocimiento de la sociedad.

2. Otro hecho que se impone es la importancia que se concede a las ideologías en la formación de las teorías psicosociológicas (entendiendo aquí por ideología toda construcción conceptual que no puede ser verificada empíricamente). Detrás de cada corriente se adivina —o incluso se perfila con claridad— una idea del hombre y de la sociedad. Son evidentes, por ejemplo, las relaciones entre el behaviorismo y la filosofía positivista y pragma-

(*) *Non è vero, ma è ben trovato,* podría decirse del sistema de T. PARSONS, en el que todas las partes del cuerpo social están armónicamente relacionadas entre sí y en el que todas las necesidades están oportunamente satisfechas a través de las apropiadas instituciones, constituyendo una bien construida utopía.

tista, y entre el formalismo social y la escuela neokantiana, por no hablar de la sociología marxista en la que el problema no es relacionarla con la ideología que tiene por base, sino separarla de ella.

3. La influencia de las ideologías en las ciencias sociales se explica porque el trabajo científico no procede de abajo hacia arriba, sino más bien de arriba hacia abajo: primero se formulan las hipótesis y luego se va a los hechos para verificarlas.

Estas hipótesis son fruto de la especulación del investigador (que, ciertamente, toma pie de observaciones más o menos sistemáticas) y de su imaginación creadora que se ancla en sus concepciones ideológicas sobre el hombre y la sociedad. Por ello es tan difícil que puedan coincidir en las mismas hipótesis sociales un investigador que parta de que el hombre es pura materia, y otro que acepta la espiritualidad y libertad humanas. Igualmente sucede entre psicólogos sociales que opinan que el individuo es lo primero y sustancial en la sociedad y aquellos otros que lo consideran como un producto derivado de «entidades primarias superiores», tales como la comunidad y el grupo. Estas dos opciones (materialismo-espiritualismo e individualismo-totalismo) son, en la Psicología social, los dos puntos básicos de carácter filosófico —por encima, por tanto, de cualquier verificación empírica— sobre los que se estructura esa ecuación personal de la que el científico social no puede prescindir.

SUMMARY

The purpose of the study was to establish the relationship between methodological systems of the social siciences and Social Psychology.

In other words, to show how the social sciences have turned aside from the main highways to reach those anomalies which have diverted them from their scientific nature.

This article analyses the scientifico-positive methodological of the social sciences' application in Social Psychology, stundiing induction and deduction, the so-called social research techniques (interviews, questionnaires, opinion polls, survery), the techniques of direct observation (simple observation, not controlled, and systematic observation), the questioning techniques, sampling process, etc.

The study of the limits and possibilities of a positive science of social phenomena does not authorize indiscriminate application to Social Psychology.

The author presents a panoramic critical viewpoint of those inmediate questions of Social Psychology; looking into positivist organicism, social behaviourism, functionalism, the relation between the organicist and behaviourist theories, the social concept of conflict an the scientific theory of conflict.

This paper was written, as a personal addres under the tittel of «The value and limits of the application to Social Psychology of the methodological systems in the social sciences», in the Eighth International Congress of the Child Psychiatry & Allied Professions, Philadelphia, Pennsylvania, U. S. A., July 28-August 2, 1974.

BIBLIOGRAFIA

(1) COMTE, A.: «The Science of Society», en H. M. RUITENBEEK, *Varieties of Classic Social Theory,* 1963.

(2) SOROKIN, P. A.: *Fads and Foibles in Modern Sociology and Related Sciences*. Menry Requary Company, Chicago, 1956.
— *Contemporary Sociological Theories*. Nueva York, 1928.
— *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis*. Aguilar, Madrid, 1960.
— *Sociedad, cultura y personalidad*. Aguilar, Madrid, 1962.
(3) SPENCER, H.: «Abreviaturas de Principios de Sociología», *Revista de Occidente*. Buenos Aires, 1947.
(4) DURKHEIM, E.: *Las reglas del método sociológico*. Jorro, editor, Madrid, 1912.
— *Sociologie et Philosophie*. Alcan, 1924.
(5) TÖNNIES, F.: «Gemeinschaft and Gesellschaft», en T. PARSONS *et al., Theories of Society,* 1961.
(6) VON WIESE, L.: Artículo «Soziologie», en *Wörterbuch der Volkswirtschaft,* 4.ª edic. Jena, 1931.
— Artículo «Sociología sistemática en Alemania», en *Kölner Vierteljahrshefte für Soziologie,* octavo tomo, págs. 144 y sigs., 1930.
— *Beziehungslehre,* pág. 170.
(7) SIMMEL, G.: *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Ed. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1939.
(8) GURVITCH, G.: *El concepto de clases sociales de Marx a nuestros días*. Ed. Galatea. Buenos Aires, 1960.
— y MOORE, W.: *Sociología del siglo XX*. El Ateneo, tomos I y II. Buenos Aires, 1956.
(9) COOLEY, C. H.: *Human nature and the social order*. Scribner Ed. Nueva York, 1902.
(10) ROSS, E. A.: *Social psychology: an outline and source book*. Macmillan. Nueva York, 1908.
(11) OGBURN, W.: *Sociología*. Aguilar. Madrid, 1955.
(12) THOMAS, W. I.: *Primitive behaviour: and introduction to the social sciences*. McGraw-Hill. Nueva York, 1937.
(13) MERTON, R. K.: «Contributions to the theory of reference group behaviour», en MERTON y P. F. LAZARFELD (Eds.), *Continuities in social research: studies in the scope and method of «The american soldier»*. Glencoe, Ill., Free Press, 1950.
— *Social Theory and Social Structure*. Glencoe, Ill., The Free Press, 1958.
— *On Theoretical Sociology*. The Free Press. Nueva York, 1968.
(14) PARSONS, T.: *The Structure of Social Action*. Glencoe, Ill., The Free Press, 1948.
— *The Social System*. Glencoe, Ill., The Free Press, 1951.
— *Theories of Society*. Glencoe, Ill., The Free Press, 1961.
(15) MALINOWSKI, B.: *Estudios de Psicología primitiva*. Paidós, 3.ª edición. Buenos Aires, 1963.
— *Una teoría científica de la cultura*. Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1948.
(16) BENEDICT, R.: *El hombre y la cultura*. Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1939.
— *Raza: Ciencia y Política*. Fondo de Cultura Económica. México, 1941.
(17) MILLS, C. W.: *White Cillar*. Oxford University Press. Nueva York, 1956.
— *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1961.
(18) OPPENHEIMER, F.: *System der Soziologie*. 1922.
(19) DAHRENDORF, R.: *Sociedad y libertad*. Ed. Tecnos, S. A. Madrid, 1966.
— *Sociedad y Sociología*. Ed. Tecnos, S. A. Madrid, 1966.